

# II Festival de Cine Venezolano

CARMELO VILDA

Por segunda vez consecutiva Mérida se ha constituido en consultorio del cine nacional. Directores, Actores y Realizadores han auscultado durante una semana la salud de la filmografía venezolana. Se exhibieron 13 largometrajes y 55 cortometrajes. Hubo como réplicas de muestras paralelas, una cubana y otra brasileña. La concurrencia extranjera fue raquítica. Lamentablemente ninguna luminaria que nos pudiera enseñar algo. Nos habían anunciado la presencia de Ford Coppola (Director de "Apocalipsis Now"); Sonia Braga, actriz de moda en Venezuela por su actuación en la telenovela "Dancing Days"; Gill Jacob, Director del Festival de Cannes; e incluso los Ministros de Cultura de Cuba y Alemania. Ninguno de ellos estuvo presente.

¿Qué ha resuelto o aclarado el II Festival? ¿Ha sido ampliado algún nivel de comprensión, extensión o sedimentación? Si los discursos inaugurales fueran termómetro de la realidad expuesta debiéramos proclamar que nuestro cine "es la primera, grande, extraordinaria y única industria nacional". Pero ¡qué lástima!, esta cita sólo fue un ex-abrupto pintoresco producido por la euforia agradecida del Dr. Eduardo Morreo.

La inauguración se redujo a un chisporroteo de homenajes, ditirambos, abrazos, discursitos retóricos y redobles de tambor en fiesta. Agradecimiento al Ex-Ministro de Fomento Dr. Quijada, al Dr. Eduardo Morreo, a Margot Benacerraf "esa cineasta extraordinaria, pionera del cine nacional", a Pedro Fuenmayor también "pionero del documental". Nadie sin embargo se atrevió a sincerar la situación. Nadie aludió a las veleidades de la censura, al retraso de los créditos, a la indolencia que impide la creación de una escuela de cine o a cómo enfrentar la insolidaridad de las Distribuidoras o a la necesidad de que una crítica libre, estudiosa, orgánica y continuada acompañe al proceso creador. Carecemos todavía de una revista crítica especializada. Se escriben reseñas, apuntes, impresiones. Nada más.

Nuestro cine todavía necesita muletas ortopédicas y sobre todo constancia y sedimentación para producir películas como el Pez que Fuma, País Portátil, La Empresa Perdonó un Momento de Locura y La Boda. Existen, por el con-

trario, realizadores improvisados para quienes su corto o largometraje constituye una escalón cenital. Sobre este aspecto escribe Alfredo Chacón: "Tengo la impresión de que entre los cineastas venezolanos, aun los más conscientes del carácter cultural-problemático del cine, es frecuente y quizá mayoritaria una posición definidora y justificadora de su propio quehacer como tales; una posición que ellos exteriorizan con suma facilidad y prontitud apenas se les enfrenta con alguna pregunta o algún argumento que exprese duda o desacuerdo hacia el modo como una determinada obra de cine ve, capta, registra, expresa o documenta determinado rasgo, situación o proceso de alguna realidad empírica o ficticia..." (LA NACION: San Cristóbal, 3-11-1982).

Por su parte la periodista de cine Amelia Hernández apunta en El Nacional una observación muy sugestiva sobre la situación global de nuestro desarrollo cinematográfico; y sobre el Festival de Mérida: "...era importante programar alguna mesa redonda en torno a la calidad del cine venezolano precisamente cuando se aborda una nueva etapa gracias a la creación del Fondo de Fomento Cinematográfico. Pero, como si nuestro cine se tuviera miedo a sí mismo, no se ha registrado hasta ahora ningún

Tarik Souki



intento serio de reflexionar colectivamente en torno a lo que se ha venido produciendo. Por lo demás resulta curioso que la Asociación Venezolana de Críticos de Cine no haya preparado ni siquiera una ponencia que hubiera puesto el tema sobre el tapete, en el transcurso de lo que constituye el evento cinematográfico más importante del país". (30-10-1982, C-12).

Tengo la impresión de que no tenemos Directores ni Productores profesionales, es decir, que vivan de lo que realizan. Esto significa que ninguno de ellos se puede dedicar exclusivamente al estudio y la experimentación. Asumen el cine como un segundo oficio, a horcajadas entre la vocación y la necesidad de un trabajo para vivir.

"Nuestro cine no es profundo, aborda muchos tópicos. No hay cineastas obsesionados por un tema, esa obsesión que es primordial en todo artista. Lo que cunde es el oportunismo temático. Se hace una película feminista cuando está de moda el feminismo y una marginal cuando esa temática es centro de discusión". (IBSEN MARTINEZ: El Nacional, 31-11-1982, A-6).

Los dos últimos años han sido precarios y difíciles. Ni siquiera el Festival ha encontrado la orientación definitiva que debiera tener. Por eso hubo improvisaciones, falta de entusiasmo y embarazo a la hora de esclarecer el balance. En general, el Festival resultó opaco. No pudieron llegar todas las películas anunciadas. Por su parte las mesas redondas programadas para complementar las exhibiciones también fracasaron casi todas. El primer día, por ejemplo, se iba a debatir la relación Cine-Televisión. Pero, como faltaron a la cita los Directivos de Venevisión y Venezolana de Televisión, se tuvo que improvisar el tema benévolo.

Nuestro cine, es cierto, fue visto por algunos pocos extranjeros de Costa Rica, Cuba y Brasil. Incluso hubo un exhibidor francés que se interesó por la producción de Manuel de Pedro. ¿Vende el exotismo de nuestros indígenas o el de nuestros presos que hacen teatro? Si no hubiera sido por LA BODA, el balance exhibido en Mérida hubiera sido decepcionante. La película de Thaelman Urgelles se llevó el Gran Premio Simón Bolívar al mejor largometraje y además premio al mejor Guión, mejor Cámara,

mejor Actriz y mejor Actor.

A pesar de todas estas aseveraciones me parece que la bienal merideña merece apoyo. Más aún, habría que revitalizarla hasta que perfila su identidad y orientación definitiva. El Gobierno, por su parte, debe comprender que el Cine no es sólo "el séptimo arte" sino también encrucijada donde incide lo empre-

sarial, lo político y el prestigio cultural de los países. La experiencia acumulada irá corrigiendo las fallas inherentes a este tipo de festivales y poco a poco llegaremos a tomar el pulso de lo real y de lo posible. Pero habrá que renovarse. El día de la inauguración, por ejemplo, no pudieron entregar los Programas porque no habían llegado de Caracas. Algu-

na sala de exhibición carecía de condiciones idóneas de imagen y sonido. La película cubana, Cecilia Valdés, que duraba 4 horas hubo que verla con desazón.

Tarik Souki y su grupo merecen respaldo y confianza. Los frutos de su obstinada preocupación se contabilizarán más tarde.

## La Boda

CARMELO VILDA

A los venezolanos nos ha torturado siempre la historia entendida como análisis concreto. La hemos reducido a épica o política. Por eso me sorprendió desde el primer impacto la concepción de LA BODA. No se trata de una película ficción sin más ni más sino de un memorial, de un recuento donde hechos y personajes son transferidos a situaciones muy concretas que constituyen hoy jalones de nuestra historia contemporánea. LA BODA rompe el carácter intocable, la rigidez en la que mantenemos reclusos los hechos protagonizados por actores todavía vivos. Si a este acierto global añadimos talento, desenvoltura, impulso creador y dominio inteligente de la narrativa cinematográfica tenemos que afirmar que 1982 concluye fílmicamente con una película esclarecedora, valiente, inspirada.

**ARGUMENTO:** Marlene y José se casan. A continuación celebran la fiesta. Se reúnen los familiares, amigos y compañeros. Acuden también la esposa e hija del patrón donde trabajan el novio y la mayoría de los invitados. Entre trago y trago, disco y disco, entre chiste y chiste, disertación y disertación, la cámara va brindándonos las retrospectivas de los asistentes. Todos viven anudados por relaciones interpersonales o laborales, pero cada uno de ellos desempeña diverso papel en el "drama venezolano". Unos como izquierdistas por afición o por fanatismo ideológico, con pasado sucio o riñones rotos por alumbiar la democracia o como jaletis o arribistas. Poco a poco se van reconstruyendo los hechos, las historias, se adivinan las claves, se completa el rompecabezas y se hace posible identificar al ex-torturador de la Seguridad Nacional o al líder sindical vendido al patrón. ¿Qué hacer entonces cuando el hijo del victimario se ha casado con la hija del torturado o cuando la suegra es amiga del sindicalero? ¿Cómo vivir en paz, libertad y justicia en esta Venezuela mestiza, delta de intereses y pasiones?

LA BODA es ante todo una fiesta, ámbito y ambiente para el bonche y la pachanga popular. No se trata de una metáfora o de un pretexto para contar los relatos políticos ni tampoco de un soporte para amarrar las tramoyas personales de cada personaje. LA BODA es eso: espectáculo, celebración que define a Venezuela, tan genuina que se convierte en ceremonia. Colorido, música, gestos, distribución espacial, enseres, ritual participativo... todo contribuye a la recreación litúrgica del regocijo. En ningún momento degenera en parodia, caricatura o tópico. No es tampoco recepción, velada o escenificación. Es lisa y llanamente la fiesta de boda. Este hecho da el título a la película.

La celebración, el espectáculo es lo sustantivo. Ocupa el prólogo, el desarrollo medular y el epílogo. No sólo realiza la función aglutinante sino que además permite la inmersión en lo trascendental de lo festivo y la visión de las capas más profundas de lo humano a través de la extroversión comunitaria. De aquí brota esa extrañeza o sentimiento tan vasto y misterioso, la sensación de que la fiesta no es símbolo trivial de la vida sino necesidad y fundamento.

Pero sucede que todos los invitados arrastran una historia personal, una tramoya cuyas ramificaciones se conectan recíprocamente. Poco a poco, sin forzamientos ni torceduras, por la pro-

pia trayectoria de los acontecimientos la fiesta se convierte en feria, en galería de espejos donde cada personaje refleja su condición humana. Cada quien ha subido a la casita del cerro con el peso de su historia, los intereses de clase y el bagaje temperamental. La cámara lo recoge, lo asume con ternura y, al devolvérselo en retrospectiva, comprendemos que no hay mil historias sino una sola porque todas se aluden, se transfieren y se engarzan. Es esa única historia que nos envuelve como pueblo, la pleamar de nuestras vidas cotidianas desbordadas durante la fiesta por la exigencia natural del exceso, del júbilo y la fanfarria. Es esa única historia resultante de nuestras contradicciones, la verídica historia del país, la que se escribe desde el trabajo mal retribuido, desde los enamoramientos románticos, desde el servicio doméstico, desde la clandestinidad en tiempos de dictadura, desde la jaletería, desde las ideologías, desde el enriquecimiento ilícito, desde las fortunas que tienen raíces podridas, desde la venalidad sindical, desde la juventud burguesa que juega a ser "progre", desde la ilusión de un 23 de Enero en que pareció que la esperanza corría a ras del suelo. Historia construida día a día, a golpe de azares, tropiezos e ilusiones, más viva y palpitante que la agigantada en los campos de batalla. Vidas venezolanas integradas en esa única vida llamada Venezuela.

Contar esta historia única con sus matices más cotidianos, asumirlas con amor y legarla a la posteridad es el gran mérito de LA BODA. Todo ello realizado con naturalidad, lejos del panfleto. Gracias a esta mesura, tan escasa en nuestro cine, a la capacidad de síntesis y a la perspicacia intuitiva, Urgelles colorea un enorme mural costumbrista, rosetón étnico y cultural de nuestro mestizaje. Hay además fresca popu-